

VI

Santiago en 1850.- La Sociedad de la Igualdad

Poco y nada habían cambiado las cosas de la política en Chile durante la ausencia de Bilbao en Europa. Idos ya los días apasionados del gobierno de Portales, los pelucones conservaban casi intacto el poder que habían conquistado tras reñidas y sordas luchas políticas. Al amparo de la administración Bulnes supieron guardar hábilmente las prerrogativas obtenidas, manteniéndose en una actitud discreta, sin intervenir abiertamente en política, pues el gobierno del General Bulnes perseguía, ante todo, un fin de buena administración y de tregua interior, ajeno a los ímpetus levantiscos de pipiolo y pelucones. Al amparo de la Constitución de 1833, la República comenzaba a desarrollar libremente sus fuerzas de trabajo y de cohe-

sión interior, se promovía la riqueza y la cultura, los servicios administrativos regulábanse y las luchas políticas buscaban su garantía al amparo de la autoridad.

El partido conservador consolidaba sus fuerzas. El poder de la Iglesia asentaba su poder sobre bases cada vez más estables. Directamente contribuía a mantener su hegemonía espiritual una ley de imprenta, verdadera horca caudina para todo escrito, que castigaba severamente a quienes expusiesen opiniones subversivas, contrarias al orden establecido. *La Revista Católica*, fundada en 1843, mantenía, tal un celoso guardián, la defensa de los derechos de la Iglesia y del clero, combatiendo cualquier intento libertario del pensamiento.

Santiago vivía una existencia tranquila de añeja ciudad colonial, cuya paz no era perturbada más que de tarde en tarde por las agitaciones políticas de una elección, por algún conato de motín, o por alguna amenaza de conflicto con tal o cual nación vecina. En su seno repasaba el hilo de sus horas un pueblo tranquilo, sin ambiciones; una juventud levantisca y la sociedad pelucona, aristocrática y reaccionaria, cerrada a toda innovación que pudiera perjudicar el orden establecido y continuadora en todo y por todo de la prosapia española. Para ella sólo se habían hecho los rosarios largos y monótonos rezados en familia al calor de la lumbre, las procesiones de las grandes solemnidades, las semanas santas, los días de recog-

miento y de ayuno y los raros saraos que poco a poco iban perdiendo su curioso aspecto colonial. Malos vientos venidos de Europa anunciaban de cuando en cuando un no lejano peligro para su estabilidad. Los ideales del partido conservador se sintetizaban en la lapidaria confesión hecha por un diario católico de la época, que decía así: "El partido conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociabilidad de Chile el espíritu español, para combatir el espíritu socialista de la sociedad francesa" (1).

Sin embargo, a pesar de las precauciones, del tino y de la constancia tesonera del arzobispo Valdivieso, la revolución del 48 en Europa tuvo una ardiente repercusión hasta el último rincón americano. Frecuentemente comenzaron a llegar las obras de los filósofos franceses y un diario de Santiago publicó una traducción de las *Palabras de un creyente* de Lamennais. La juventud pipiola sentía renacer sus entusiasmos muertos en apariencia y durante el año cuarenta y nueve se opera en los espíritus una evolución curiosa: la lectura de la ya popular obra de Lamartine, *Historia de los Girondinos*, circulaba de mano en mano, atizando en los cerebros el fuego del más ardiente entusiasmo. La propia situación política del poeta francés poco antes de escribir esta su novela, tenía ya la aureola de

(1) J. V. LASTARRIA.—*Discursos parlamentarios*. Introducción al t. I.

un atractivo para la juventud liberal chilena. Vacilante e incierto en el gobierno del año 43, se pasa a la oposición y, estremando su liberalismo, busca en los principios de la Revolución su norma futura. Y, como antes que pensador e historiador era orador, imaginativo y artista, escribe su *Historia de los Girondinos* y se crea una popularidad extraordinaria y en Europa entera su nombre circula de boca en boca. No importa que los hechos históricos sean discutibles o estén falseados; el poeta derrota al investigador. En su *Historia* encuentra él la manera discreta de escribir una especie de autobiografía intelectual. El liberalismo de los girondinos es su liberalismo: "L'auteur s'est d'abord mis dans son oeuvre;—escribe Doumic—apres que son ouvre a "deteint sur lui et l' a converti" (1). Al retratar a Mirabeau y a Vergniaud el poeta se retrata a sí mismo; de tal modo sentía a ambos perfectos a su manera que no al héroe real y vívido. "Su frase tenía las imágenes y las armonías de los más hermosos versos—recuerda en su *Historia*—Si no hubiese sido el orador de una democracia, hubiese sido su filósofo y su poeta. Su genio, esencialmente popular, le impedía descender al lenguaje del pueblo, ni aún cuando se tratara de agasajarlo. Adoraba la Revolución como una filosofía sublime que debía ennoblecer a la nación entera sin hacer otras víctimas que aquellas de los

(1) DOUMIC.—*Lamartine*. Hachette 1913.

prejuicios y la tiranía" (1). He aquí a Lamartine fielmente auto comprendido en las breves líneas transcritas. De tal modo veía a sus héroes encarnados en los ideales suyos. ¿No hizo del propio Robespierre una figura retocada a su modo, caprichosa y entusiasta? La *Historia de los Girondinos* tenía en exceso ese calor comunicativo del entusiasmo que le faltaba a la juventud chilena del año 45, ella despertó sus mejores exaltaciones; en muchas orugas hizo brotar prematuras alas de mariposa; en los cerebros puso chispas de ardorosos convencimientos y más de una vez, al calor de uno de los más aristocráticos hogares del Santiago de la época, los personajes ardorosos que cruzaban a través de esas páginas como una visión de sacrificio y de gloria, turbaron peligrosamente la paz de algún tranquilo adolescente sentimental. Más tarde ya, y cuando se constituye la Sociedad de la Igualdad, tan de cerca perdura la influencia del libro lamartiano que, la mayoría de aquellos igualitarios teóricos y aventurados, cambian sus nombres de pila por el de alguno de los revolucionarios franceses: así Bilbao era conocido con el nombre de uno de los mejores oradores de la Gironda, Vergniaud; Lastarria con el de Brissot; Recabarren con el de aquel simpático y noble Barbaroux; Rafael Vial con el de Fonfrede; Juan Bello con el de Ducos; Domingo Santa María con el

(1) LAMARTINE.—*Histoire des Girondins*.

de Louvet; Marcial González con el de Pethion; Pedro Ugarte con el de Danton; Manuel Bilbao con el de Saint-Just; Eusebio Lillo con el de Rouget de Liste; Santiago Arcos con el de Marat. Todos eran jóvenes, todos eran ardientes, todos eran entusiastas habían trocado sus nombres según sus simpatías según las afinidades que se encontraban con los héroes de la Revolución. Del mismo modo que Stern escribía que, al aparecer la *Historia de los Girondinos*, "Europa sintió a su lectura ese estremecimiento peculiar que precede a los huracanes", así también sería posible recordar que el libro del poeta francés cayó entre aquellos soñadores bondadosos y apasionados, cual un enorme monolito en el espejo de una fuente levantando una tromba de entusiasmo.

Como un elemento poderoso de cultura, según lo sabía Bilbao, y como un medio revolucionario, según lo quería Santiago Arcos, se fundó en Santiago la histórica Sociedad de la Igualdad, cuya breve vida de siete meses fué grande y austera en nobles propósitos que, a haberse realizado, hubiese cambiado totalmente el aspecto de la República por aquellos años. La arrogancia juvenil de Arcos primero y luego el prestigio de que gozaba el autor de la *Sociabilidad Chilena*, recién llegado de Europa, bastaron para cimentar sobre bases estables, el primer proyecto de un Chile que, continuando el de la Reforma, unificara los elementos de oposición al Gobierno, para emprender

una cruzada en pro de la libertad y de la democracia.

Era por ese entonces Santiago Arcosfi mozo de 28 años, de estatura mediana, afable, irónico, simpático y elegante. Su carácter vivo y su continente desenvuelto le habían conquistado la mayor parte de sus adeptos y de sus amigos. Su prestigio de joven mundano y alegre, cuya adolescencia se abrió como una extraña flor en las capitales europeas y la aureola de magnanimidad con que se encargaban de rodearle sus amigos, le bastaron para conquistar afectos profundos y sonrisas benévolas. Nacido en Santiago, en católica cuna ("vió la primera luz—dice Vicuña Mackenna—en el tranquilo palacio de un obispo") (1) pues su madre era sobrina del entonces prelado diocesano don Santiago Rodríguez, fué llevado a Francia por circunstancias imprevistas. Cuando su padre vivía en España hubo de verse obligado a abandonar la Península, pues se le denunció como afrancesado y, más tarde en Chile, dos acusaciones recayeron sobre él delatándole como insurgente. Durante el tiempo de su permanencia en Santiago formó una regular fortuna que le había de permitir más tarde una vida holgada en Europa, mientras educaba a su hijo único. Al amor del hogar, Santiago Arcos modeló su espíritu en la severa disciplina del estudio desde muy niño, pero, más tarde, su naturaleza ardiente y apasionada, que

(1) VICUÑA MACKENNA.—*Historia del 20 de Abril*.

ora le impulsaba a heroicos apostolados o ya encendía en su espíritu descabelladas locuras, desviaron su vida haciéndole olvidar el deber de las aulas por el de lecturas cogidas al azar, sin norma ni método alguno. Alma de aventurero y espíritu de revolucionario, en su cerebro cabían todas las utopías, como en un rayo de sol caben todos los colores, según el decir del poeta. Formado en la escuela de los Fourier, era en sus doctrinas un ardiente partidario de la reforma social; un teórico de la revolución por la violencia. "Era la perfecta encarnación de una de esas dagas venecianas—escribía don Augusto Orrego Luco—que esconden una lámina de acero envenenada en su vaina de terciopelo (1). Desenvuelto, audaz, y más imaginativo que reflexivo, hubiera deseado que el monstruo de la tiranía tuviese una sola cabeza para cercenársela de un tajo. Sus lecturas vastas y varias habían sembrado en su cerebro, ardientes semillas de extrañas doctrinas, que amamantaron luego las más audaces teorías y los credos más incoherentes. Arcos preconizaba la independencia absoluta de la mujer; condenaba el cohecho electoral; tronaba contra el despotismo gubernativo. Ha sido preciso que transcurra medio siglo para que haya voces en esta tierra, capaces de audacias semejantes a las suyas. Releyendo muchas veces *Sinceridad*, ese grito amargo del más limpio y

(1) ORREGO LUCO.—*El 20 de Abril*. "Revista Chilena". Vol. XIII

fuerte corazón chileno, he pensado con dolor en aquel apóstol a quien se condenó con los puños cerrados como al criminal más villano. Pero, si hubo virtud grande y dura en el espíritu de Arcos fué la de un tesón admirable: pocos eran sus partidarios; sin embargo él escribía para ellos. Jamás el miedo puso una venda ante sus ojos. Es menester repasar sus ideas, a través de su célebre carta escrita desde un calabozo, para comprender todas las locuras, excelsitudes y aberraciones de sus doctrinas. "Mientras dure el inquilinaje en las haciendas,—escribía—mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa en la Edad Media; mientras subsista esa influencia omnimoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga al pobre en la esclavitud, no habrá reforma posible, no habrá gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que se les ocurra matar a Montt, a Varas y a algunos de sus allegados, destruirán con las personas de Montt y Varas el actual sistema de gobierno, y el país vivirá siempre entre dos anarquías: el estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos, y la anarquía que es el estado de sitio a favor de unos cuantos pobres" (1). Y, luego, más adelante, agregaba: "Los pelucones son retrógrados, porque hace veinte años que están bien, están ricos y

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas, quieren conservar el país en el estado en que está, porque el peón trabaja por el real y medio, y sólo exigen porotos y agua para vivir, porque pueden prestar plata al 12% y porque pueden castigar al pobre si se desmanda" (1). Al juzgar a los liberales, no era tan duro Santiago Arcos. "Son mucho más numerosos—decía—que los pelucones. Atrasados como los pelucones, creen que la revolución consiste en tomar la artillería y echar a los pícaros que están gobernando fuera de las poltronas presidencial y ministerial, a gobernar ellos... Cuánto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuánto mercachifle quebrado, cuánto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito, cuánto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales" (2). Por fin, como una síntesis final, escribió resumiendo todo lo anterior: "Es necesario quitar las tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres... Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres... Es necesario quitar sus aperos de labranza a los ricos para distribuirlos a los pobres... Es necesario distribuir el país, en suerte de labranza y pastoreo... Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior en: Suertes de riego en llano, suertes de rulo en llano,

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

(2) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

suertes de riego en terrenos quebrados regables, suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo, suertes de cerro, suertes de cordillera. Cada suerte tendrá una dotación de ganado, vacuno, caballar y lanar" (1). Tales eran las doctrinas de este agitador de 28 años, ardorosamente penetrado del socialismo agrario de Fourier. Más tarde, con los años, esas sus ardorosas ideologías de juventud fuéronse apagando lenta y tranquilamente, y de aquel mancebo ardiente y audaz no quedó en sus postreros años más que un padre solícito, pelucón como sus peores enemigos del 52, dado por entero al cariño de su hijo único. Vicuña Mackenna, en una página sentida y sincera, recuerda haberlo encontrado en Nápoles un día de invierno de 1870, triste, fatigado, solo, enfermo de incurable melancolía. Ni siquiera recordaba con cariño sus locuras de juventud; ni siquiera, entre las cenizas de aquel su pálido invierno, conservaba el calor de un recuerdo grato para aquellas bravías audacias de antaño. Su espíritu estaba enfermo del mal de vivir; enfermo de hastío, de desconsolación. ¿Qué de extraño es, entonces, que, acorralado por los dolores, atribulado por la más horrible de las enfermedades (gangrena en la nariz, según Vicuña Mackenna y en la garganta, según Barros Arana) tuviera su último bello gesto de audacia y, sobre uno de los puentes de París, ciudad de

(1) "Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao". Mendoza 1852.

sus ensueños de adolescente, donde viviera sus mejores años, se partiera el cráneo de un pistoletazo, para caer en el seno turbio y perezoso del Sena?

Vida triste y tumultuosa fué la de Santiago Arcos. Su imaginación, siempre exaltada, le perdió. Su audacia le tejió su propia mortaja. Aquel joven arrogante que, un día en las Tullerías, al preguntarle la emperatriz Eugenia si aún era republicano, le responde con audacia y desprecio: "Señora, todavía no he subido"—, tuvo una ancianidad triste, dolorosa y olvidada. El epílogo de su suicidio en París cierra aquella existencia como un punto de interrogación dolorosa.

Bilbao, en cambio, a pesar de tener muchos puntos de contacto con Santiago Arcos en sus ideologías ardorosas y utópicas, guardaba un corazón blanco y puro, incapaz de cualquier doblez. No se habían hecho para él las claudicaciones de la política venal, ni los cambios repentinos motivados por razones de conveniencias. Jamás transigió él con los que fueron sus enemigos en ideas. Su viaje a través de la Europa y su larga estada en París no habían contribuido sino a atizar más aún aquel fuego de ardiente exaltación libertaria, nacida en su cerebro con la adolescencia. Todo disponía en su persona a ganarse las simpatías de los extraños. De regular alzada, algo enjuto, ligeramente inclinado a la altura del pecho (lo que traicionaba ya el funesto augurio de su predisposición física para contraer la tisis), de ademanes finos y gra-

ves, aquel torso con algo de apolíneo, mantenía enhiesta una hermosa cabeza de dios joven. Pálido el rostro, nariz recta y firme, como acusando cierta voluntad de carácter, boca firme, ligeramente rasgada, ojos azules, profundamente azules, tranquilos, bañados en una hermosa serenidad, y una melena amplia, animada por los más extraordinarios soplos líricos, coronaban aquella cabeza viril, firme, de soñador y de apóstol. Vivía con sencillez y desenfado: en las mañanas de invierno cubría sus hombros un amplio capote, y en los días veraniegos, un frac negro ligeramente ceñido sobre el pecho, acentuaba graciosamente las formas de su cuerpo bien proporcionado. La severidad de las facciones acentuaba cierta grave frialdad en su rostro. Pero, cuando el calor del entusiasmo ponía ardores inusitados en sus pupilas, y el orador hacía olvidar en él al hombre, entonces Bilbao se transformaba como por encanto: desenvuelto y sencillo, conquistaba con la franqueza tranquila de sus arrebatos magníficos. Mesurado a veces, verboso otras hasta los más exaltados ardidés declamativos, jamás fatigó a su auditorio y jamás llegó hasta la vulgaridad de los peroradores de asambleas. Siempre oportuno, supo sacar buen partido de las circunstancias propicias. Un detalle insignificante solía darle motivo para un discurso apasionado o para una improvisación ardiente. En cierta ocasión una asamblea de la Sociedad de la Igualdad amenazaba terminar

de una manera agitada; Bilbao ocupó la tribuna, y aprovechando que alguien le había obsequiado un ramo de flores, comenzó su discurso del modo siguiente: "El ruido de los tambores, la publicación de órdenes represivas, el aparato de la tropa armada, parecen anunciar al poder los peligros del combate. En presencia de ese aparato de guerra, la Sociedad de la Igualdad, se presenta armada de flores".

En el elemento popular contaba Bilbao un gran ascendiente. Sabía cautivar a las asambleas populares con su verbosidad ardiente y fácil, rotunda y arrebatadora.

Comprendiendo Arcos y Bilbao que era preciso reaccionar contra el estado de cosas de la sociabilidad de aquel entonces, resolvieron buscar los elementos necesarios para constituir una agrupación que, continuando los propósitos del Club de la Reforma, se dedicara a instruir a las clases menesterosas y a unificar las dispersas fuerzas liberales. Pronto encontraron quienes les secundaran en tal empresa en el poeta Eusebio Lillo, en don José Zapiola y en los obreros Larracheda y Cerda, que venían a representar en la naciente agrupación al partido popular. Verificóse la primera reunión y, antes de dos semanas, figuraban nuevos adherentes, gente de prestigio y situación pecuniaria. "Desde las primeras sesiones— escribe don José Zapiola—pudo fácilmente conocerse que los fines que animaban a la reunión eran más

bien sociales que políticos; pues por un convenio tácito habíamos hecho completa abstracción de toda cuestión de partido y sobre todo de la de *candidato* para la Presidencia de la República. Si después la *Sociedad* se pronunció en oposición al Gobierno, culpa fué de los periódicos ministeriales que le declararon esa guerra de suposiciones y calumnias que estaba muy lejos de merecer (1). Lo cual explica, clara y sucintamente, a través del testimonio de uno de los más serios y respetables de sus fundadores, que no se trataba, al fundar la Sociedad de la Igualdad, de tener un centro subversivo de agitación política contra el Gobierno. Sus fines fueron altísimos: de cultura, desinterés y patriotismo.

Pero, veamos cuales eran los principios fundamentales de dicha Sociedad, una vez organizada: "Reconocer—transcribe Zapiola—la independencia de la razón como autoridad de autoridades: profesar el principio de la soberanía del pueblo como base de toda política, y el deber y el amor de la fraternidad universal como vida moral". Alguien argüirá que el hecho de aceptar la Sociedad tal principio envolvía de suyo ya un desacato contra el Estado, el cual mantenía, como religión nacional, la católica. Sin embargo, dentro de la libertad de asociación, dicho principio había

(1) JOSE ZAPIOLA.—*La Sociedad de La Igualdad y sus enemigos*, 1902.

de señalar solamente su alcance limitándose a un radio de actividad aisladamente moral. Con la aceptación de la soberanía popular querían los igualitarios, interpretando el texto de la Constitución, llegar a la posible imposición del sufragio universal, como disciplina colectiva que pudiese contrarrestar el cesarismo gubernativo en materia electoral.

Muy de cerca se advierte en la proclamación del antecitado principio, que afirma los derechos de la razón y de la soberanía del pueblo, la influencia directa del texto de Los Principios del Hombre establecido por la Revolución Francesa. (*Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits. Les distinctions sociales ne peuvent être fondées que sur l'utilité commune*). Y esto se comprende, si se recuerda que tanto Bilbao como Arcos, principales fundadores de la Sociedad de la Igualdad, en materia de política y de filosofía eran ardientes discípulos de la escuela francesa del siglo XVIII, cuyo maestro fue Rousseau. Todos los errores del *Contrato Social* los compartieron los fundadores de la Sociedad y seguro que hubiéramos colmado sus deseos si los igualitarios hubiesen aceptado los principios establecidos por el huracán ginebrino, con algunas leves modificaciones arrancadas al pensamiento de Herder y Vico. Arcos, como perfecto anarquista, tal vez encontraba deficientes e incompletas algunas de las proposiciones de Rousseau, pues su afán de exaltación

libertaria le indujo a negar todo sin reservas de ninguna especie. Bilbao calmaba sus arranques y le hacía aceptar los principios de la Revolución Francesa y las doctrinas ardientes de Rosseau; pues él, torturadamente inquieto y débil hasta el misticismo, cultivaba el sentimiento de un socialismo cristiano, que pretendía alcanzar sus fines, no mediante la violencia sino que más bien obrando por una dulce y comprensiva persuasión. Empero y desgraciadamente, sus contemporáneos a menudo se equivocaron respecto de las ideas y los propósitos de Arcos y Bilbao. Les atribuían doctrinas desquiciadoras; y, temerosa aquella tranquila sociedad pelucona de 1850 con los ecos que llegaban a Chile de la revolución europea del 48 y del movimiento comunista, sólo creía que Arcos y Bilbao obedecían a un credo común con los cabecillas revolucionarios franceses, de cuya capital, París, ambos habían llegado hacía poco tiempo triunfantes y provocativos. Para aquellos buenos conservadores y temerosos pipiolo de mediados de la décima nona centuria, los nombres de Fourier y de Saint Simón, fueron algo así como pronunciar en Santiago el nombre de Renan en 1885. A ellos, como a otros muchos, los Blanc, los Marx, los Lamennais, los Michelet, sin distinciones de ninguna especie, con o sin razón, se les atribuían todas las doctrinas perturbadoras que proclamaban la lucha contra el ejército, la implantación del divorcio, la separación de la Iglesia y el Es-

tado, la abolición de la propiedad, la protección para los gremios de proletarios, el establecimiento de la legislación obrera, la reglamentación del salario y tantas otras que sería largo enumerar. "El apodo de *sansimoniano*, hombre sin Dios ni ley, según el común de la gente;—escribía Barros Arana—era aplicado a todo el que frecuentaba la Sociedad de la Igualdad". (1).

Desde el primer momento que dió señales de vida la Sociedad, el Gobierno procuró impedir se incrementara, pues podía llegar un día en que fuese un serio peligro para la estabilidad misma del orden gubernativo. En Abril de 1850 la Sociedad autorizó la fundación de un periódico que fuese como el portavoz de sus acuerdos y decisiones. Se le dió el nombre de aquella célebre hoja de Marat, *El Amigo del Pueblo*, que sesenta y tres años antes había tronado, en sus bárbaras diatribas, contra las testas coronadas. Su primer director fué Eusebio Lillo, poeta, patriota ardoroso, revolucionario convencido. En su número inicial escribía Lillo: "Queremos que don Manuel Montt, fatal a las libertades públicas, fatal a la educación, fatal a la República, se anule para siempre... Proclamamos en alta voz la revolución y aceptamos el título de *revolucionarios*; pero hagamos conocer que odiamos la revolución por la violencia

(1) BARROS ARANA.—*Un decenio de la Historia de Chile*. Vol. II

y que nuestro único objeto es el progreso de las ideas, con la ayuda de la propaganda escrita y hablada, sirviéndonos de medios pacíficos".

Fué esta proclama la primera anticipación abierta de los fines políticos de la Sociedad de la Igualdad. Entonces los recelos se triplicaron y, fuerza es creer que tal artículo constituyó una poca diplomática salida de tono, cuando aún la asociación no era lo suficientemente fuerte para resistir las embestidas de un poder autoritario que gobernaba, cuando era preciso, mediante la imposición del terror.

Poco después, la inserción en *El Amigo del Pueblo* de la traducción de las *Palabras de un Creyente* y la publicación del folleto de Bilbao los *Boletines del espíritu*, provocaron el primer tumulto y un verdadero conflicto, cuyas proporciones tardaron largamente en borrarse.

La publicación de las *Palabras de un Creyente* levantó una ola de indignación en la sociedad aristocrática y pelucona de Santiago. El clero se arremolinó profundamente indignado y el Gobierno procuró intervenir en contra del periódico. Muchos fueron los artículos que, para rebatir el temerario escrito del pensador francés, dió a luz la prensa conservadora. Así comenzó aquella oleada que, poco a poco fué tomando mayores proporciones, hasta desencadenarse, cual un rayo iracundo, sobre la cabeza visible de la Sociedad de la Igualdad. Entonces aparece, por

segunda vez, Bilbao, en la arena ardiente de la diatriba con su folleto antes citado los *Boletines del espíritu*. Si hasta ese instante la tormenta habíase estrellado contra la unidad férrea de la sociedad, después de la aparición del escrito subversivo del autor de la *Sociabilidad Chilena*, las opiniones comenzaron a dividirse y en el seno mismo de la Sociedad de la Igualdad se promovieron acaloradas protestas contra el joven pensador. Sin embargo, la mayoría popular de aquella agrupación estuvo entera e incondicionalmente de su parte, dando así el elemento obrero una prueba admirable de unión y de confraternidad intelectual. Fué aquella una lección sobre cuya trascendencia los críticos de Bilbao apenas si han parado mientes, siendo, en realidad, un rasgo hermoso que prueba cuan hondas eran las raíces echadas por el árbol firme de su liberalismo en el terreno fértil del entusiasmo popular. Cuando en el seno mismo de la sociedad se sometió al sufragio la siguiente proposición: "La Sociedad de la Igualdad declara que el ciudadano Bilbao no se ha expresado jamás en sus sesiones contra los dogmas de nuestra santa religión", se promovieron agrias discusiones y apenas si se consiguió una difícil mayoría a favor de esta declaración, lo que prueba—escribe Zapiola—que la expulsión de Bilbao (propuesta por el ciudadano Guerrero) habría sido imposible" (1).

(1) J. ZAPIOLA.—*La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*.

Censurado violentamente por la autoridad eclesiástica Bilbao, recibió, en cambio, de una parte pequeña del clero manifestaciones de ardiente simpatía. Algunos frailes aplaudían sus doctrinas y exaltaban sus audacias, no porque fuesen sinceros en tales creencias, sino que por motivos de pura y mezquina conveniencia personal.

Llegamos aquí a una de las partes más interesantes y más delicadas en la historia del movimiento intelectual de 1850 que, a decir verdad, no ha sido estudiada con sereno desapasionamiento por ningún crítico chileno, no obstante tratarse del punto más interesante y curioso en las relaciones intelectuales de Bilbao.

Pero, analicemos de antemano los hechos que dieron origen a la cuestión.

Decretada la excomunión contra Bilbao por su folleto, asiste el joven pensador a una reunión de la Sociedad de la Igualdad, celebrada por uno de los muchos grupos en que estaba dividida, en circunstancias que presidía el clérigo Ortíz. Al entrar Bilbao al recinto de la sesión, álzase Ortíz de su asiento y le felicita calurosamente por su audacia y su amor a la verdad. Los igualitarios asistentes a la sesión aclaman a ambos. El arzobispo, sabedor de esto, ordena poner en prisión a Ortíz. Al día siguiente la comunidad de San Agustín invita a Bilbao a lo que hoy llamaríamos un "lunch". Se le recibe entre ban-

deras y flores. Instado por uno de los frailes, Bilbao improvisa una brillante peroración. Al evocar el nombre de Nazareno, un clérigo interrumpe al orador para decirle: "¡Qué grande hombre fué ese!" Bilbao duplica sus bríos oratorios. Todos le aplauden; "todos le interrogaban, todos querían escucharle", escribe don Eduardo de la Barra (1). El superior del convento alza la copa en su nombre, mientras la congregación en masa le agasaja y aplaude entusiasmada.

Tales son los hechos. Ahora cabe preguntar: ¿Cómo se concibe que habiendo excumulgado el arzobispo a Bilbao por su escrito subversivo, recibiera estas tales manifestaciones de un sacerdote y de una comunidad?

Desde hacía algunos años no pocas congregaciones establecidas en Chile no reconocían más autoridad que aquella que les dictaba su fuero interno personal. Así, pues, no era extraño consignar que los agustinos se habían entregado a una vida *non sancta*. La disciplina eclesiástica estaba muy relajada y los oficios religiosos no se cumplían con estricta regularidad. Entonces, y comprendiendo muy claramente el peligro inminente que entrañaba para la estabilidad de la Iglesia este orden moral y militante violentamente alterado, el arzobispo, don Rafael

(1) EDUARDO DE LA BARRA.—*Bilbao ante la Sacristía*.

Valentín Valdivieso, pastor enérgico y severo, aplicó con todo rigor el cumplimiento del decreto que al Papa había impetrado el Gobierno de Chile, solicitando la reforma de las órdenes religiosas. Pío IX delegó todas sus facultades en el Ilustrísimo Arzobispo, quien, a su vez, no había de vacilar un instante en aplicar aquella disciplina de hierro a las comunidades de su dependencia. "No pudieron mirar con buenos ojos semejante designación—escribe el padre Maturana—ni el Gobierno que veía en aquel Prelado al enemigo acérrimo de todas sus regalías; ni tampoco las Ordenes Religiosas, que de repente se hallaron teniendo como General y Visitador Apostólico, investido de plenísimas facultades, a un Arzobispo que no les era muy afecto" (1). Sin embargo, a pesar de la exaltación de las congregaciones que se veían atacadas en su libertad absoluta, el Arzobispo no cejó un instante en su empeño. Honrado y austero discípulo de los Padres de la Iglesia, el señor Valdivieso no transigía con venalidades de ninguna especie; sus normas eran claras y su austeridad una e indisoluble. De tal modo, pues, reguló las atribuciones de las órdenes descarriadas y las sometió en adelante a sus estrictos deberes. Sufrieron grandemente dichas órdenes con la apli-

(1) Padre VICTOR MATURANA.—*Historia de los Agustinos en Chile*. Vol. II.

cación de aquel marco riguroso y, como la letra del decreto no admitía ni siquiera interpretaciones, los frailes que no se resignaron a doblegar sus altiveces ante semejante disciplina, renunciaron sus votos y abandonaron su ministerio en señal de protesta y rebeldía. La rudeza segura de aquel Arzobispo de carácter, tallado en hierro y en bronce, evitó que el movimiento trascendiera en proporciones hasta un pequeño cisma, lo cual habría comprometido seriamente en esos momentos la estabilidad de la Iglesia.

En Abril de 1850, aún no se tenían noticias en Santiago del decreto pontificio, pero sí que conocían ya los Agustinos los firmes propósitos del Arzobispo respecto de sus intenciones para corregir sus desmanes y encauzar su disciplina. Desde el instante en que comprendieron la actitud austera de su superior jerárquico y espiritual, no cesaron en hacerle una guerra cruda de intrigas y enredos que sólo algún tiempo más tarde había de cesar. Así, pues, cuando Bilbao se vió perseguido y excomulgado, fueron los Agustinos quienes primeramente se habían de apresurar a manifestarle sus simpatías, no porque aceptasen sus doctrinas, sino que buscando en dicha adhesión un motivo que pudiese ofender y burlar al Arzobispo Valdivieso en sus atribuciones de jefe. Los Agustinos querían, de antemano, prevenir los efectos de cualquiera reforma, conquistán-

dose adeptos en las Ordenes, de modo que el Arzobispo en cierto instante determinado, encontrara frente a su autoridad omnímota, la unión de gran parte del clero, cuya actitud levantisca previniese todo intento de reforma perjudicial para ellos. En tal circunstancia, fué Bilbao el instrumento escogido para lanzar un proyectil contra el Arzobispo Valdivieso, proyectil que erró su blanco, y, rebotando en otra superficie, retrocedió violentamente para herir a la congregación agustina misma en pleno corazón.

En el seno de la Sociedad de la Igualdad los *Boletines del Espíritu* encendieron los ánimos y de aquella efervescencia resultó después una mayor fuerza de cohesión. En su seno aconteció lo que ocurre en los remansos: una ráfaga agitó sus aguas, batiéndolas con ímpetus de tempestad desatada, y después su linfa se tranquilizó serenamente y la tromba le sirvió para aconchar en su fondo los malos elementos que, durante el torbellino, quedaron al descubierto en la superficie. Desde aquel instante de la votación, Bilbao contó seguro en adelante al elemento obrero como su más seguro adepto. El joven pensador de la "Sociabilidad Chilena" ejercía sobre él una atracción irresistible; su palabra de orador caía sobre sus espíritus como un rocío de entusiasmo. ¿Qué de extraño es, entonces, que al tra-

tarse de expulsar a Bilbao del seno de la Sociedad, el obrero López, con tono sentencioso y decidido, le dijese, en plena asamblea: "Ciudadano Bilbao, si la aristocracia os proscribiera, nosotros os seguiremos al desierto, cual los israelitas a Moisés".

Profundamente alarmado el Gobierno con todas estas incidencias que venían a consolidar el prestigio de la Sociedad de la Igualdad, acordó recurrir al único medio de asestarle un golpe de muerte antes de que aquel árbol peligroso continuase multiplicando sus ramas y afirmando su tronco y sus raíces en la tierra. Entonces ordenó que fuera disuelta por gente armada, que las autoridades pagaban y amparaban en tales casos. El 10 de Agosto se intentó un primer golpe que, gracias a una feliz casualidad, terminó de manera harto desventajosa para los asaltantes. Cogidos estos entre los directores de la Sociedad que se habían quedado en el recinto deliberando, ya terminada la sesión, y entre numerosos igualitarios y la policía que había acudido rápidamente, los garroteros enviados por el Gobierno estuvieron a punto de perecer en el mismo local de la Sociedad, a no mediar la actitud enérgica del oficial de policía que les protegió contra un seguro lynchamiento.

La indignación contra ataque tan inicuo no tardó en manifestarse. Violentas recriminaciones se al-

zaron contra el Gobierno y lo que hubiera podido ir en desmedro de los igualitarios a haberse producido una asonada cuando el ataque, sirvió de provechosa oportunidad para afirmar e incrementar el número de socios de la institución. Al día siguiente del atentado, triplicáronse las adhesiones, y el número de afiliados elevóse de seiscientos a dos mil, en menos de un mes, llegando a hacerse más de doscientas inscripciones en un solo día. Su prestigio crecía rápidamente y el Gobierno veía aumentar aquel peligro como una masa de sombra que amenazaba invadirlo todo.

Entre tanto, la acción cultural de la Sociedad de la Igualdad se difundía con entusiasmo. En su seno estudiábase un proyecto de instrucción popular gratuita, que, a haberse organizado como pensaba el directorio de la Sociedad, hubiera dado óptimos frutos. En su principio esta idea—escribe Zapiola—tenía por objeto establecer cinco clases, a saber: lectura, escritura, primeras operaciones de aritmética, elementos de gramática castellana y geografía; pero en el curso de la discusión estas clases se aumentaron hasta el número de *doce* con la agregación de las siguientes: historia sagrada, historia de Chile, dibujo lineal, francés, inglés, música y baile... La enseñanza era gratuita no sólo para los socios y sus hijos, sino también para las personas que no pertenecían a la Sociedad pero que quisieran dedicarse

a cualquiera de estos ramos de educación" (1). Una vez abiertas estas clases, creció su número de alumnos de un modo rápido y seguro. Iniciadas a fines de Septiembre con más de trescientos asistentes, el número se dobló antes de dos semanas.

Los fines de la Sociedad de la Igualdad eran, pues, ante todo conscientes y tranquilos, a pesar de sus propósitos políticos decidida y abiertamente contrarios a la candidatura de don Manuel Montt. La Sociedad socorrió al desvalido y a los igualitarios que encontrándose en la miseria, o en circunstancias aflictivas, necesitaban de recursos. Así, por ejemplo, recuerda Zapiola que en una sesión se recolectó dinero para auxiliar a dos socios que estaban presos por emitir opiniones políticas contrarias al Gobierno cuando se procedió a contar las monedas recolectadas, se advirtió entre ellas una *mitad* (o sea una ficha de a centavo y medio), lo cual dió motivo a Bilbao para improvisar una brillante peroración que constituye un rasgo característico del orador del hombre: "Este caso, ciudadanos—dijo—me recuerda un hecho semejante que nos refiere el Evangelio. Estaba el Salvador cerca del lugar donde depositaban los socorros voluntarios para los pobres, y veía acudir ahí a ricos a depositar gruesas sumas. Vino una viuda pobre con su hijo y depositó

(1) JOSE ZAPIOLA.—*La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*.

un centavo. Jesucristo conmovido dijo: En verdad os digo: "el centavo de la viuda vale más que las cuantiosas sumas erogadas por los ricos".

Después de cada una de sus reuniones habituales, los igualitarios recorrían las calles, formados en correcta procesión. Y era de verse entonces la figura apostólica de Francisco Bilbao, marchando a la cabeza del desfile, tranquilo y sereno como un dios joven. Sostenía entre sus manos, a modo de estandarte, un árbol de la libertad, imitando aquella hermosa y viril costumbre de los revolucionarios franceses del 79, que rendían de este modo, homenaje a la diosa razón y a la naturaleza viva. El, convencido y ardiente apóstol de una causa que juzgaba santa y a la cual había dedicado todas sus energías, no trepidaba jamás ante ninguna manifestación que tradujese todas sus buenas intenciones y sus santos propósitos.

Mucho distaba la Sociedad de la Igualdad de haberse fundado, como cree un escritor chileno contemporáneo, don Alberto Edwards, "con el pretexto de ilustrar a las masas, pero que en realidad tenía por objeto prepararlas para la sedición y los trastornos" (1). Nada más injusto y arbitrario que este juicio; la Sociedad de la Igualdad jamás estimuló

(1) ALBERTO EDWARDS.—*Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*.

ni alentó propósitos de revuelta, y si después se mezcló directamente en causas políticas, ello se debió, especial y exclusivamente, a los atentados de que fué víctima, a pesar de que en su seno había un gran elemento contrario a toda idea de violencia. Luchó contra la candidatura Montt, amparada por sus derechos, o más bien dicho, por los derechos de que cada ciudadano goza según la Constitución. Pero jamás intentó azuzar perturbaciones ni asonadas callejeras: su programa de trabajo no podía ser más tranquilo y benéfico. La autoridad, al atacarla, provocó en ella sus derechos defensivos. La persecución constante la hizo cobrar bríos, hasta que el Gobierno había de sepultarla con toda la violencia arbitraria que estaba a sus alcances. En provincias había tenido una influencia considerable y bajo su influjo se fundaron algunas asociaciones destinadas a cultivar propósitos de cultura y de alto civismo.

El 28 de Octubre verificóse la última reunión. Más que una sesión fué aquel un comicio público al que asistieron más de cuatro mil adherentes. En los primeros días de Noviembre la autoridad ordenó prohibir las reuniones de la Sociedad de la Igualdad; sus agentes hicieron algunos arrestos y la ciudad fué declarada en estado de sitio. Tal fué su fin.

¿Cuál había sido su crimen? ¿cuáles sus revueltas? ¿cuáles sus fines bárbaros? Sólo el temor del Gobierno vió en ella esa hídra de siete cabezas que ame-

nazaba tragarse a todo el elemento pelucón y a los gobernantes por añadidura.

Después de esta verdadera hecatombe de sus sueños apostólicos, Bilbao logró huir a refugiarse en la hacienda "Las Palmas", cercana a Valparaíso, dejando en poder de sus amigos un boletín manuscrito, "El Igualitario", en el cual daba alientos a los suyos y probaba que en su corazón, joven aún, no se había extinguido la esperanza: "Nuestra Sociedad ha sido prohibida—decía—nuestra Sociedad revivirá. Se nos ha prohibido reunirnos a la luz del sol: nos reuniremos donde quiera que haya dos o más corazones buenos".

Así terminó la historia de la Sociedad de la Igualdad, fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. El primero había tenido una pequeña actuación en su seno, mientras que el joven ideólogo de la *Sociabilidad Chilena* había participado de todos sus entusiasmos y de todas sus bondades.

Mas, como toda historia algo romancesca, la página de la Sociedad de la Igualdad tuvo su epílogo trágico, sangriento y doloroso: fué este la revolución del 20 de Abril de 1851.